— Va á matarnos ántes que podamos gritar, exclamó Ruderico escuchando con la mas profunda atencion.

CAPÍTULO III.

SALVACION.

—

Como desde que fueron encerrados en el subterráneo no habian sentido el mas pequeño ruido, les llamó mucho mas la atencion el que se dejó sentir despues de tantas horas de silencio.

Luego, la angustiosa ansiedad en que se hallaban esperando, como un auxilio del cielo, un rayo de luz que iluminase su moribunda esperanza, les hizo crecer el deseo de que el pequeño movimiento que habian creido oir continuase. Empero, fué una cosa momentánea; una especie de trampa de madera se habia corrido en el techo, y sintieron caer en la arena del sótano dos objetos, uno tras otro, dejándose oir á poco una voz que gritó:

— Ahí tenéis pan y agua.

Seria difícil pintar el júbilo que sintieron los infelices, al escuchar aquella voz que les pareció bajada del cielo.

Solo podria comprenderlo el que haya pasado treinta horas sin probar alimento, y abrigado por espacio de otras tantas la idea de que los dejarian morir de hambre.

Los tres se lanzaron á un tiempo á buscar los objetos en el ángulo del aposento donde, á su parecer, debian haber caido.

El conde y Ruderico de rodillas, y la jorobada arrastrándose por el suelo, extendian las manos en todas direcciones, separándose tan pronto, como volviéndose á encontrar.

— ¡Aquí está el agua! gritó Ruderico con alegría, asiendo en la oscuridad un cántaro de metal.

— ¡Y aquí el pan! exclamó el conde levantando en alto el talego que lo contenia, como si sus compañeros lo hubieran podido ver.

— ¡Á verlo! ¡á verlo! repuso con ansiedad la jorobada.

¡Ay! ¡en medio de su júbilo olvidaban que no tenian ni un rayo de luz!...

Sin embargo, reuniéronse los tres en un punto, y con la fraternidad que inspira la mutua desgracia pasaron de mano en mano el sabrosísimo alimento, que aunque no hubiera sido el mejor del mundo á ellos les habria parecido.

Despues de satisfechas el hambre y la sed que los devoraba, aun les quedaron víveres en abundancia. Cuando lo notaron exclamó Ruderico:

— Esa pícara piensa sin duda tenernos á pan y agua mucho tiempo, segun las provisiones que nos arroja.

— Y á oscuras, que es lo peor, dijo el conde, á quien no le agradaban las tinieblas.

— ¡Y acostados en el duro suelo! añadió suspirando doña Tecla, al recordar su mullido lecho.

— ¡Oh! pues esto no puede quedar así, repuso Ruderico con resolucion.

— ¿Qué piensas hacer?

— Dar gritos hasta que me oigan. Ahora que hemos satisfecho nuestra mas imperiosa necesidad y recobrado las fuerzas, vamos á improvisar un duo de lamentaciones, sostenido un rato entre dos miéntras el otro descansa; iremos alternando y se amenizará la funcion con fuertes golpes en las paredes.

Indudablemente debe haber habitaciones contiguas á este sótano, y por fuerza nos han de oir y darán parte á la autoridad.

— Sí, sí, tenéis razon, exclamó con alegría la jorobada. Al lado de este casa hay una tienda de comestibles y sus cuevas deben estar pegadas á esta. Hagamos un ruido infernal, que ya nos oirán.

— Empezad; yo daré golpes en la pared, dijo el jóven.

— ¿Y con qué los darás para que suenen bien? preguntó el conde.

— Con las pistolas que os dejasteis arriba y yo recogí por precaucion.

— Es verdad; mira que están cargadas.

— Tanto mejor: cuando oigamos algun ruido como en promesa de socorro, las disparo y al oir el estruendo ya no podrán dudar que estamos aquí en-

cerrados. Y mucho mas si llega á saberlo el sereno á quien yo previne la misma noche, y que al ver no hemos salido de la casa, estará haciendo indagaciones.

— ¡Ea! manos á la obra, dijo el conde frotándose las suyas, en señal de que habia acogido el magnífico pensamiento de su criado con el mas extraordinario júbilo.

— Empezad vos, doña Tecla, dijo Ruderico, nos ensayaremos primero.

La jorobada con su voz atiplada y chillona empezó á dar tales aullidos, que mas bien parecian los maullidos de un gato que lamentos humanos.

— Así no, así no, dijo Ruderico con viveza: van á creer que maullan los gatos y no nos harán caso.

— Escuchad, de otro modo, dijo la pobre mujer sin resentirse y esforzándose por dar á su voz diferente sonido.

— Ahora está mejor; pero hablad al propio tiempo como pidiendo socorro, imitadme á mí.

— ¡Favor! ¡favor! ¡quién nos socorre! ¡ay! ¡ay! ¡vecinos, por compasion!..... ¡ay! ¡ay! Ruderico al decir esto, daba espantosos gritos, doña Tecla le siguió, y el conde, en medio de su afliccion no pudo ménos de reirse al escuchar tan extraño duo.

— Yo haré la orquesta, dijo levantándose; y cogiendo el banquillo de madera que les servia de asiento, empezó á descargar con él fuertes porrazos en la pared.

— Que le vais á romper, señor conde, exclamó doña Tecla.

— ¡ Y qué importa ! los tres no cabemos en él, con eso quedaremos iguales. Nos sentaremos en el suelo.

Por espacio de muchas horas les sirvió de entretenimiento la ocupacion que habian tomado, y continuaron con ardor. El banco se rompió efectivamente, saltando en pedazos por el sótano ; entónces cada uno cogió el suyo, y se pusieron á dar golpes, cada cual en su pared, á ver por qué lado contestaban.

Ruderico quedó por casualidad en la medianera á la tienda y debió ser una de las veces que le oyó el chico, y asustado tiraria algun cacharro, porque el animoso y leal criado del conde oyó el golpe y exclamó :

— He oido ruido ; venid ; y no abandonemos esta pared, pues al otro lado he sentido como un cántaro ó basija grande, arrojada con violencia en el suelo.

— Será esa la tienda de la cueva. ¡ Oh ! de ahí solamente debemos esperar socorro, dijo doña Tecla acudiendo seguida del conde, y armados cada cual con su respectivo pedazo de madera.

— Demandémosle con todas nuestras fuerzas, dijeron los tres volviendo á empezar su tarea con incansable actividad.

Ya saben nuestros lectores que por espacio de cuatro dias los estuvieron oyendo en la tienda ; en la noche del quinto, fué cuando Perico el sereno, informado del caso, empezó á concebir sospechas, y dió parte á la autoridad, despues de haber prometido socorro á los infelices prisioneros, los que manifestaron su júbilo disparando las pistolas.

La autoridad dispuso, ántes de romper el tabique, buscar la entrada de aquel sótano en la casa misteriosa ; ¡ pero en vano llamaron repetidas veces, nadie les contestó !

Sabiendo que aquella casa pertenecia á la princesa de Florini, fueron al palacio de esta y le encontraron herméticamente cerrado, enterándose con sorpresa que la noche anterior, entre doce y una, habia salido en posta la princesa, no teniendo nadie noticia de la direccion que tomó.

Resolviéronse, pues, á entrar en la casita de la calle del Sordo, haciendo que un cerrajero franquease la puerta. Empero, tambien este recurso fué inútil ; por mas que la registraron toda ella, la entrada al subterráneo no pudo hallarse.

En tanto los gritos de las víctimas continuaban, y no hubo mas remedio que romper el tabique por la cueva de la tienda.

Ruderico y el conde, cuando sintieron los primeros golpes de la piqueta, exclamaron con las manos unidas y elevando los ojos :

— ¡ Están rompiendo el tabique ! ¡ Oh ! ¡ gracias, Dios mio ! ¡ estamos salvados !

Doña Tecla hacia rato que oraba en un rincon del sótano.

Apénas estuvo la pared en disposicion de poderse comunicar los de adentro con los de afuera, se acercó Perico el sereno que entre todos los circustantes era el que con mas ansiedad aguardaba el desenlace de aquel acontecimiento, y exclamó con el acento del regocijo satisfecho :

— Señor conde de Cinkar, ¿sois vos y vuestro criado los que demandáis auxilio?

— Sí, yo con mi criado y otra víctima, que llevamos no sé cuanto tiempo en este calabozo donde nos arrojó por sorpresa una mujer infame.

— No temáis ya nada, que aquí está la autoridad para castigar al culpable y proteger al inocente, dijo el celador mandando á los albañiles prosiguiesen con actividad la demolicion hasta dejar un hueco suficiente para dar paso á una persona.

Perico, con el tono del que acierta en un juicio que ha emitido y sido desechado por sus superiores, exclamó acercándose al celador con aire de misterio :

— ¡Veis si decia yo bien! aquella jorobada nos engañó miserablemente.

— ¡Y cómo ha sabido prepararlo todo y escapar, y con ella la princesa su protectora que debe tener parte en este crímen! murmuró pensativo el celador.

— Yo creo que sí; ¡es una mujer misteriosa la tal princesa!... añadió Barrigon.

— Veremos lo que declaran esos infelices, y sabremos á qué atenernos.

— Sí; mas vale no anticipar juicios que pudieran ser aventurados.

Cuando quedó una gran abertura en el tabique, los operarios se retiraron y el celador acercándose dijo :

— Podéis salir, señor conde.

Un rostro pálido y surcado de profundas arrugas apareció en aquel momento.

Era el del noble italiano.

Sus labios murmuraban una plegaria en accion de gracias ; sus ojos se cerraron, pues el resplandor de las luces que iluminaban la cueva le ofendian.

Alargó los brazos como si se sintiera desfallecer. El sereno le cogió en los suyos, y momentos despues descansaba en el mullido lecho del tendero, que se apresuró á ofrecer cuanto poseía en obsequio del ilustre señor y sus desgraciados compañeros.

Al presentarse en el hueco la figura deforme de la jorobada, con aquella cabecita pequeña, defectuosa y envuelta en la papalina con lazos encarnados, todos los circunstantes estuvieron para lanzar una carcajada; pero los detuvo la presencia severa de Ruderico y la esmerada solicitud con que atendia á la desgraciada mujer.

— ¡Ay! ¡Dios mio! ¡no puedo moverme! decia doña Tecla dejándose conducir á una cama que acababan de prepararla. La humedad de ese maldito sótano nos ha baldado.

— ¡Esta no es la jorobada que vimos! dijo el sereno al celador.

— ¡Aquí hay un misterio muy grande!... exclamó este cada vez mas preocupado.

Ruderico, tan luego como dejó á doña Tecla en el lecho, volvió á buscar al sereno y alargándole los brazos con muestras de la mas viva gratitud, exclamó:

— ¡Gracias! ¡gracias! ¡nos habéis salvado!...

El agradecido Ruderico y el sereno lloraron de alegría abrazándose con la mayor fraternidad.

CAPITULO IV

SEBASTIAN.

En la noche del mismo dia en que nuestros lectores penetraron en casa del jóven pintor don Constantino López, estaba este dibujando á la luz de una magnífica lámpara. Sebastian á su lado leía en alta voz un libro religioso. Doña Aurora le escuchaba atentamente conservando aun en sus manos el rosario de plata y nácar que habia concluido de rezar.

Estos tres personajes formaban un grupo cerca de la mesa; un poco mas allá y reclinado con negligencia en un sillon, se hallaba un anciano durmiendo con una paz envidiable.

Era don Claudio, esposo de la señora anciana y padre de don Constantino.

— He concluido el capítulo; ¿empiezo otro? dijo Sebastian mirando alternativamente á su maestro y á doña Aurora.

— Lo que madre quiera, contestó el pintor sin levantar la cabeza.

— Lo dejaremos para mañana, si os parece, dijo esta.

— Bien, en ese caso Sebastian proseguirá la narracion que dejámos pendiente esta mañana.

— Lo haré con muchísimo gusto, no solo por complaceros, sino porque sepáis la triste historia de dos niñas tan dignas como desgraciadas y para las que reclamo vuestra proteccion.

— Cuenta con ella, pues aunque nuestro valimiento es tan escaso, sin embargo estamos siempre dispuestos á amparar al desvalido y socorrer al indigente.

— No puedo dudar de vuestra generosidad, por eso apelo á ella demandándola en favor de dos huérfanas infelices.

— La tendrás, hijo mio, dijo doña Aurora. Habla sin temor.

— Voy á empezar desde el momento en que conocí á Cárlos. Sabéis que un dia estuve á punto de ahogarme en el Manzanáres, no obstante el escaso caudal de agua de este *arroyo aprendiz de rio*. El arrojo de mi amigo, al que vi entónces por primera vez, me salvó de una muerte segura, y yo, profundamente agradecido y en recompensa de su noble accion, le ofrecí mi amistad, y me consagré á él en cuerpo y alma, ya que de otro modo no pude probarle mi reconocimiento.

Desde entónces nos vemos casi todos los dias y nos reunimos con suma frecuencia.

Una noche me contó sus amores con una chica muy linda, hija de la dueña de una hostería de Lavapiés. Hice un gesto de desagrado, porque el establecimiento de la Corneja es bastante conocido en Madrid por sus malos antecedentes.

Cárlos lo advirtió y se apresuró á decirme :

— No aventures tu juicio hasta que conozcas á mi amada : ven conmigo, y me dirás si tan interesantes criaturas no te parecen bellísimas flores arrancadas del invernadero y trasplantadas á un lodazal.

Fuí efectivamente y mi quedé absorto al conocer á Rosa, que es la novia de mi amigo. No me admiró ménos la figura dulce, elegante y distinguida de Flor del Espino, ó sea Lidia ; pues con los dos nombres se conoce á la hermana de Rosa.

Si mucho me sorprendió su belleza y maneras, al ver sus gracias y sus encantos no tuvo límites mi admiracion y mi entusiasmo. Sus brillantes dotes para el canto y la música revelan á unas artistas de primer órden. Han tenido por maestro durante ocho años á uno de los mejores profesores italianos.

Ademas poseen varios idiomas, son instruidas, habiendo leido muchísimo y estudiado gramática, historía y geografía. Flor del Espíno tambien es poetisa y compone admirablemente.

— ¿Y cómo con tanto talento viven oscurecidas en una miserable hostería? preguntó don Constantino.

— Porque no tienen proteccion y están sujetas á la odiosa dependencia de la Corneja, á la que han tenido por madre ; pero que, segun el descubrimiento que hicimos la noche que yo falté de casa, las ha robado en Paris á una señora distinguida, con objeto de comerciar con sus gracias; lo cual consigue á las mil maravillas, pues su casa está siempre llena de gente que acude con el único objeto de oirlas y admirarlas.

Hasta hoy la severa virtud y el carácter firme y altivo de estas angelicales criaturas, las ha preservado de la seduccion ; mas si permanecen mucho tiempo en esa casa no están libres de un lazo que las pierda para siempre. Tienen muchos enemigos y adoradores que las persiguen sin cesar, pero ellas no escuchan los galanteos de nadie ; Rosa sostiene relaciones con Cárlos, le ama con delirio, y esto la anima y sostiene en medio de su azarosa vida. Flor del Espino pasa los dias entregada á una melancolía desgarradora. Sus únicos deseos, sus únicas aspiraciones, son por descubrir su orígen, conocer su familia y abandonar para siempre ese establecimiento, donde solo se respira la atmósfera de la maldad y los vicios.

— ¡Qué lástima de criaturas! murmuró doña Aurora.

— ¡Oh! ¡y si las conocierais! ¡son tan buenas, tan amables!... ¡tan simpáticas!...

— Ofrécelas nuestra casa, Sebastian, aquí estarán con nosotros, y si no tienen madre yo lo seré, exclamó la noble anciana en un arranque generoso.

— ¡Oh! sí, añadió don Constantino, que no permanezcan ni un minuto mas en medio de los peligros.

— Esta tarde he ido á buscar á Cárlos, y no encontrándole me fuí á la calle de Lavapiés con objeto de verlas ; no lo he conseguido, no estaban en la tienda, sin duda como es domingo habrian salido, pues los dias de fiesta van juntas las dos hermanas, único momento que les es permitido abandonar el duro

servicio á que las tiene sujetas esa indigna mujer.

— Esas palabras me recuerdan á dos niñas que he retratado esta tarde; y cuyas interesantes fisonomías me han llamado mucho la atencion, dijo don Constantino.

— ¿Qué señas tenian? acaso sean ellas; pues muchas veces me han manifestado su deseo de retratarse.

— Ven, las verás.

Levantáronse los tres y entraron en el gabinete de estudio.

El pintor se acercó á un lienzo en el cual aparecian las bellísimas y expresivas facciones de las dos hermanas.

— ¡Ellas son! ¡oh! ¡cuánto me alegro que las conozcáis!...

Sebastian fijó en el rostro de Flor del Espino una mirada húmeda y dulcísima, en cuya expresion se advertia todo el fuego de su alma.

López le vió extático, embebido en la contemplacion de aquella figura, no escapándose á su natural perspicacia el sentimiento de amor que habia en la actitud y miradas de su jóven protegido.

— ¿Cuál de las dos es Flor del Espino? preguntó.

— Esta que se apoya en el hombro de su hermana; ¿no os parece encantadora?

— ¡Oh! sí; ambas lo son.

— ¡Pero es tan diferente su belleza!... En Rosa se ve á la mujer enérgica, de carácter firme y audaz; en Lidia á la poetisa espiritual, melancólica y reflexiva.

Y vos, doña Aurora, ¿qué juzgáis? dijo Sebastian esperando el fallo de la inteligente señora.

— Lo que yo te digo, hijo mio, es que en esas facciones veo los rasgos característicos de mi familia. El rostro de Rosa tiene una notable semejanza con el de un hermano mio que murió hace algunos años. ¡Ay! ¡no quisiera engañarme! pero no se qué extraños presentimientos asaltan mi corazon.

— ¡Qué decís! exclamó con asombro López.

— Inmediatamente, sin perder un instante siquiera, id á buscar esas niñas, dijo la anciana con acento profético y extendiendo su brazo en direccion á la puerta.

— ¡Ahora mismo! añadió don Constantino tomando el sombrero y lanzándose á la calle seguido de Sebastian.

Doña Aurora entró en su aposento y volvió á salir á poco llevando en la mano un retrato.

¡Era el de su hermano! le miró infinitas veces comparándole con el de Rosa y completamente segura por la semejanza, exclamó cayendo en tierra de rodillas:

— ¡Oh Dios mio! ¡será posible que ya que mis padres por un orgullo insensato abandonaron á mi pobre hermano, venga yo á reparar su injusticia protegiendo á sus infelices huérfanas!...

Absorta en este pensamiento, no tuvo descanso ni sosiego hasta que sintió llamar á la puerta.

— ¡Ya están aquí! murmuró.

Á poco entraron en el aposento don Constantino y

Sebastian sumamente tristes, sentándose con desaliento en un sofá.

— ¿Qué hay? ¿cómo no vienen? preguntó con ansiedad doña Aurora.

— ¡Oh Dios mio! exclamó Sebastian ahogado por la emocion, sin poder decir una palabra mas.

— ¿Qué ha sucedido? decídmelo pronto, porque la angustia me mata.

— Han desaparecido, madre mia; en vano las hemos buscado: ni la Corneja ni ellas están ya en la taberna, y nos ha dicho una especie de cafre con grandes patillas, que está allí dándose una gran importancia:

— No busquéis á esas niñas; acaso no estén ya en Madrid.

— ¿Y qué habéis hecho?

— Preguntar á otro que nos ha contestado lo propio, añadiendo que tambien esta misma tarde ha ido una señora de la aristocracia preguntando por ellas.

— ¿Pero á qué hora han desaparecido?

— No lo saben.

— Ellas han estado aquí toda la tarde; ¿habrá sido despues de marcharse?

— Precisamente; á las cinco salieron de este gabinete, ofreciéndome volver el domingo próximo.

— ¡Ah! ¡las habrán robado! ¡y quién sabe si á estas horas serán víctimas de alguna infamia! dijo Sebastian inclinando la cabeza con amarga tristeza.

— Tu amas á Lidia, ¿no es verdad? dijo el pintor mirando al jóven con ternura.

— No os lo negaré, mi querido maestro. Sin su amor, el mundo me parece un desierto.

Doña Aurora se puso á orar ante una imágen pidiendo á Dios la salvacion de aquellas inocentes.

CAPÍTULO V.

JURAMENTOS.

—

Las amables lectoras que hayan simpatizado con Edelmira, desearán saber la suerte que le cupo en el nuevo arreglo que hizo en su casa la farsanta princesa de Florini.

Para satisfacer tan justa curiosidad, volvamos al punto que la dejámos en el tomo I, capítulo XXV. Despues del paseo matutino á la Castellana, cuyos momentos aprovechó Cárlos tan oportunamente para hacer su declaracion, Edelmira fué con su aya al convento segun tenia de costumbre.

Volvió triste, meditabunda. No es extraño, los amores del gallardo jóven la preocupaban de tal modo, que solo pensaba en él y en la inmensa felicidad que se prometia con aquel amor tan ardiente como profundo.

Aquel dia, contra la costumbre, comió con su

madre y con un caballero á quien oyó llamar baron de Pereival; este la contemplaba con éxtasis, dirigíala muchas veces la palabra procurando fijar su atencion; mas ella no le hizo caso, contestándole por monosílabos y casi maquinalmente.

Cuando concluyó la comida, pidió permiso para retirarse á su aposento, el cual le fué concedido en seguida. Se despidió del caballero con una ligera cortesía y entró en su elegante saloncito cerca de anochecer. Lisa la esperaba con impaciencia.

— ¿Y qué tal, señorita? la dijo, ¿os ha recibido bien la princesa?

— Como siempre, con frialdad. Yo creo que al hacerme hoy comer con ella, ha sido porque me conociese un caballero que durante la comida no ha separado la vista de mi rostro.

— ¿Y quién es? Á ver si os proporciona un novio, y olvida lo del convento.

— No lo creas. Es viejo, muy pálido, con ciertos rasgos en su fisonomía que hace mirarle con aversion sin saber por qué. Mi mamá le ha llamado unas veces baron y otras Pereival. Te confieso me ha disgustado mucho ver la pertinacia con que me miraba.

— Entónces será el baron de Pereival, un americano riquísimo que ha venido hace pocos días á habitar el palacio contiguo á este.

— En fin, sea quienquiera, dejémosle y hablemos de Cárlos; ¿le has entregado mi carta?

— Sí, señora, y se empeña en veros esta noche; dice que no se mueve de la puerta del jardin hasta que salgáis ó se le permita entrar.

— ¡Oh Dios mio! eso nunca, Lisa.

— ¿Y qué tiene de particular? En el jardin estáis ménos expuestos que en la calle, donde puede vernos algun amigo y decírselo á la señora.

— Pero mi decoro no me permite darle entrada en esta casa sin el consentimiento de mi mamá.

— Bueno, que no venga aquí á las habitaciones; pero en el jardin es otra cosa. Ademas, no estaréis sola con él, yo os acompañaré y los jardineros no se apartarán de alrededor.

— ¡No sé que hacer!

— Decidios, por Dios; si le vierais qué enamorado está el pobrecillo, ha besado la carta mas de cien veces y lloraba de alegría.

— Yo conozco que me quiere mucho y su intencion es recta y honrada; pero me repugna concederle tan pronto un favor que acaso me cueste algunos sinsabores, y que ademas para ello tenemos que confesárselo todo á Dorotea.

— ¡Ya lo sabe! me ha visto hablar con él, y me ha preguntado si era vuestro amante.

— ¿Y se lo has dicho?

— ¡Qué habia de hacer! se hubiera resentido sino, y nos es muy conveniente tenerla contenta.

— ¿Pero tú sabes si consentirá que éntre?

— Desde luego la tendrenos propicia á todo cuanto queramos. ¡Es tan agradecida... os quiere tanto!... y luego con los regalillos que la hacéis está loca de contenta. Los vestidos para las niñas los ha recibido con los mayores extremos de alegría.

— ¡Pobre mujer! No es extraño; tienen poco sueldo y apénas les bastará para cubrir sus atenciones.

— ¿Y qué le digo á don Cárlos? hace mas de dos horas que espera la contestacion.

— ¿Y dónde está?

— Peseando por la calle.

— ¡Me cuesta un trabajo resolverme!

— No le amaréis mucho; el que siente un verdadero amor, hace sin vacilar todos los sacrificios imaginables.

— ¡Ay! no digas eso. Su amor es la vida para mí.

— Y le negáis una cosa tan leve. Vamos, dejadme hacer; yo lo arreglaré.

— No seas loca, Lisa.

La aturdida doncella, sin escuchar á su señora, echó á correr hácia el jardin, y poco despues desapareció entre los árboles.

— ¿Cómo tan sola y tan pensativa? dijo el aya doña Crispina apareciendo con el rosario en la mano.

Edelmira se quedó muda; temia que la vetusta dueña descubriese su secreto en la alteracion de su voz ó en sus mismas palabras.

— ¡Qué! ¿no merezco contestacion? Vamos, señorita, de poco tiempo á esta parte os vais poniendo insufrible, y será preciso que yo hable á la señora princesa para que volváis al convento cuanto ántes.

La infeliz niña, aterrada con la amenaza de la solterona, se conmovió profundamente y exclamó acongojada y llorosa:

— No sé en qué he podido ofenderos para que siempre tratéis de atormentarme.

— ¡Atormentaros! ¿y en qué? ¿porque os hablo del convento? vos misma debiais recrearos en ese pensamiento, puesto que no tenéis otro destino.

— ¡Quién sabe el que Dios reserva á cada criatura!

— ¡Vaya! ¡vaya! esto no puede quedar así; veo que cada dia tenéis ménos inclinacion á la clausura.

Edelmira dejó correr su llanto largo tiempo comprimido, lo que irritó mucho mas al aya.

— Vamos á rezar y dejarse de lloriqueos, gritó hecha una furia.

— ¡Vamos allá! exclamó la jóven dirigiéndose con santa resignacion al oratorio.

Doña Crispina era una de esas solteronas inaguantables, que en el último tercio de su vida se hacen devotas por cálculo, y acostumbraba tener á Edelmira tres ó cuatro horas ocupada en diferentes rezos y oraciones.

Lisa volvió, y viéndolas en el oratorio se puso de rodillas detras de su ama.

Doña Crispina la dirigió una mirada interrogativa como diciéndola, ¿de dónde vienes? la que sostuvo la traviesa doncella con el mayor descaro.

Ya eran cerca de las diez, cuando Edelmira, cansada de rezar, se levantó, y saliendo del salon dijo al aya:

— Estoy fatigada y deseo acostarme.

En seguida se metió en su alcoba.

— Ea; pues buenas noches, hasta mañana, dijo la

antipática vieja retirándose tambien á su cuarto.

— ¡Gracias á Dios que nos deja en paz esa cócora de mujer! exclamó Lisa.

— ¡Ay! ¡su sola presencia me es odiosa y tengo por fuerza que sufrirla! dijo Edelmira dejándose caer con abatimiento en un sillon.

— Todo se compensa en este mundo; en cambio del mal rato que habéis pasado, venid; don Cárlos os espera y á fuerza de amor os hará olvidar los disgustos.

— ¿Qué has hecho, Lisa? ¡me vas á perder!

— Dejaos de tonterías, y venid pronto.

— ¿Pero está ya en el jardin?

— Sí, señora, desde las nueve; si queréis verle acercaos al balcon; junto aquel bosquecillo de tilos está sentado.

— Infórmate si se ha acostado doña Crispina.

— Id vos al encuentro del caballero, que la solterona corre de mi cuenta.

Edelmira fué á reunirse con su amante, al que encontró rendido y apasionadísimo en alto grado.

Desde aquella noche todas se reunieron en el mismo sitio sin omitir por eso el paseo matinal. El amor de los dos fué creciendo de tal modo, que rayaba en delirio, en embriaguez.

Como la felicidad es tan breve en este mundo, la de los enamorados jóvenes pasó en el horizonte de su vida cual una sombra vaporosa.

Llegó un momento en que la solterona doña Crispina dijo á Edelmira:

— Señorita, tengo órden de la señora princesa para anunciaros qua mañana salimos de la corte. Y tú, Lisa, puedes ir preparando los equipajes, las dos acompañamos á la señorita.

— ¡Oh Dios mio! ¿y dónde vamos? exclamó Edelmira acongojada por tan repentina partida.

— Lo ignoro; sabéis que la señora princesa nunca dice dónde va.

— ¿Pero viene tambien mi mamá?

—Todos; el palacio queda cerrado completamente.

El aya, no queriendo dar mas explicaciones, salió dejando solas á las jóvenes.

— ¡Ah! ¡Lisa mia, qué nueva desgracia!

— La fatalidad nos persigue. ¡Qué dirá don Cárlos cuando lo sepa! murmuró Lisa.

— ¡Qué ha de decir! no tendrá mas remedio que conformarse en tanto que yo lloro nuestro fatal destino.

— No tardará en venir, son cerca de las diez.

— Infórmate de los demas criados, á ver si saben dónde vamos.

— Será inútil, señorita; doña Crispina en eso tiene razon. La princesa no comunica jamas sus pensamientos.

Tristes y pensativas quedaron las dos.

Con el silencio de la noche y la profunda soledad de aquella parte del palacio, pudieron oir clara y distintamente el cántico de un canario, que aunque modulado por una garganta humana, parecia el sonoro trino de la cándida avecilla.

— ¡Ya está ahí! exclamó Edelmira levantándose con celeridad y bajando inmediatamente al jardin.

— ¡Amor mio! exclamó Cárlos apénas distinguió el blanco ropaje de la niña.

— ¡Qué desgraciados somos, Cárlos mio! murmuró la jóven dejándose caer con desaliento en un banco de piedra.

— ¡Qué dices! ¡esa angustia, esa alteracion de tu acento, me revelan un nuevo dolor!...

— Sí, y muy grande. Mañana salgo de Madrid, acaso para no volver mas.

— ¿Y dónde fijarás tu residencia en adelante?

— Lo ignoro; quizá nos detengamos en nuestros estados de Italia, quizá sigamos viajando por el extranjero; á mi mamá no le gusta vivir mucho tiempo en un punto.

— Pues bien, amor mio, no sientas esa partida, porque yo te seguiré al fin del mundo.

— ¡Cárlos! ¿será posible?

— Y ciertísimo, donde vayas voy.

— ¡Ah! ¡si tal hicieras, qué no haria yo por ti!!...

— Solo quiero me jures tu amor y jurarte yo el mio delante de una imágen del Señor; pongamos en sus manos nuestros votos y considerándonos unidos ante Dios y ante los hombres, tendremos fuerza para sufrirlo todo, hasta que un sacerdote santifique ante la iglesia nuestra union.

— ¡Oh! sí; ven.

Comovida en alto grado la inocente niña, por lo que ella juzgaba abnegacion y entusiasta cariño en

su jóven amante, no vaciló ni un momento y le condujo á su oratorio, postrándose los dos en tierra y jurándose á los piés del altar un amor eterno.

— Somos esposos ante Dios, dijo Cárlos levantándose, y no hay ya en el mundo poder humano que desate el vínculo que nos une.

— ¡Oh! sí; ¡revestida con el sagrado título de tu esposa, tendré valor para sufrirlo todo! exclamó Edelmira con una voz trémula por la emocion y el placer.

— Adios, pues, hasta mañana; tengo que hacer mis preparativos y no puedo detenerme mas. No te opongas á las disposiciones de la princesa. Sigue tranquila el rumbo que te marquen.

— ¿Pero y tú?

— Yo seguiré el coche donde tú vayas, y me verás aparecer á tus ojos con diferentes trajes y disfraces.

— Entónces, adios.

Los amantes se despidieron con las mayores muestas de ternura.

CAPÍTULO VI.

EL ROBO.

—

Cárlos salió del palacio de Florini completamente resuelto á llevar á cabo una idea que hacia tiempo fermentaba en su imaginacion.